

# El Trasfondo de la Colonia

por Sebastián Salazar Bondy

La Conquista y la Colonia interpretadas desde un punto de vista económico, distinto del puramente político, cuyos datos son en muchas ocasiones aparentes, se revelan como estructuras coherentes, lógicas, en un reciente trabajo del joven investigador Emilio Choy (1).

La evolución institucional de España fue distinta de la del resto de Europa (la nobleza y la monarquía feudales ahogaron la prosperidad y el auge de la burguesía) y, en consecuencia, el reflejo americano de este proceso mostró la lucha entre los conquistadores y los representantes de la clase dominante peninsular. El encomendero de la primera época fue frenado en sus impulsos hegemónicos por el control metropolitano ejercido a través del clero. La capitalización, que en España fue ahogada tempranamente —haciendo que la riqueza proveniente del Nuevo Mundo pasara a colmar las arcas de los banqueros franceses, flamencos o alemanes— tuvo en nuestro continente una energía inicial poderosa, que de haberse desarrollado convenientemente habría determinado un sesgo original al progreso económico y nacional de estos pueblos. El espíritu feudal, sin embargo, se impuso al burgués, segnando la posibilidad capitalista.

Verificar que el fracaso de los encomenderos, cuyas rebeliones (los Pizarro, Hernández Girón y Lope de Aguirre) tuvieron un sentido clasista y constituyeron el fracaso de la tendencia más positiva entre las dos que oponían sus fuerzas, es ver la historia desde un ángulo novedoso, desde una perspectiva plena de luz. Es lo que ha hecho Emilio Choy en el trabajo comentado. El triunfo de la Corona y la organización del virreinato para el servicio de los intereses de la aris-

tocracia que, al lado del monarca, se hallaba empeñada en agotadoras guerras de religión, se manifestó en el empeño de los funcionarios coloniales por despoblar el campo, limitar la manufactura y arrancar la mano de obra indígena del agro y la incipiente industria para arrojarla —por medio de la mita y la reducción— a la mina, de donde procedía el oro



destinado al derroche bélico. Contemplada así la obra de Toledo —tantas veces loada sin justificación— se presenta como la del auxiliar más empeñoso del sueño imperial de Filipe II de unirse a Francia, por medio de los Guisas, dominar a los Países Bajos y llevar al trono inglés a María Estuardo.

Para socorrer a su modo la causa dirigida a tal meta, Toledo convierte al campesino en jornalero —dejando la tierra en manos de los primeros latifundistas— y lo “reduce” con el objeto de transformarlo en peón de mina cuyo sobretrabajo sirviera para “engrosar los envíos de plata”—tal como lo reclamaba la Corona— destinados a mantener las debilitantes guerras filipinas. El conquistador resultó así vencido y sus aspiraciones de burgués, que an-

siaba reinvertir sus ganancias y convertirse en la fuerza económica más poderosa del Nuevo Mundo, fueron segadas prematuramente. El despojo del campesino quechua determinó la baja de la producción de alimentos y, por ende, el hambre. Este y las pésimas condiciones de trabajo causaron la alta mortandad popular (ilustrada con cifras en la publicación aludida). El Corregidor, por último, a quien secundó el Curaca indígena, no sólo cumplió una misión política: tuvo como tarea la de detener el desarrollo del comercio y la industria locales en beneficio exclusivo de la minería, de la cual España obtenía los fondos que dilapidaba en sus empresas de guerra. Los prestamistas extranjeros fueron a la postre, los favorecidos por este absurdo régimen. De él provino la prosperidad francesa, entre otras.

Muy útil resulta la lectura de este ensayo, fruto de un bien documentado análisis de las fuentes, de una concepción moderna de la historia, de un espíritu crítico sin apasionamientos. Emilio Choy pertenece, no obstante su autodidactismo, a una nueva y promisoriosa generación de investigadores, a los cuales, con contracción ejemplar, se deben ya muy interesantes indagaciones. Lástima solamente que Choy descuide tanto el estilo —y aun la gramática—, lo que empaña, a veces en sumo grado, la fluidez de su reflexión. Se trata de un defecto formal que este autor está obligado a corregir sin demora para la mejor comprensión de su discurso. El idioma es un instrumento del pensamiento, y ha de manejarse con propiedad y acierto.

(1) EMILIO CHOY, “Trasfondo Económico de la Conquista Española de América”, Sobretiro de la Revista del Museo Nacional, tomo XXVI, Lima, 1957.